

en la desesperacion, sin esperanza de libertad y con la certeza de una muerte cruel, propia del corazon perverso de Maxtlaton. La conviccion de que nada debia aguardar sino ignominia y una muerte tormentosa, le hizo tomar una resolucion desesperada: la de quitarse la vida por sí mismo, sin dejar al tirano el placer de que se la quitase. Abrazada la idea, la puso inmediatamente en ejecucion.

Aprovechando un instante en que el centinela estaba descuidado, subió al cielo de la prision, se quitó la faja que cubria su cintura, la amarró por un extremo á una de las vigas de la jaula, hizo un lazo corredizo en el otro extremo, metió la cabeza en él, se dejó caer de repente de la altura, y quedó ahorcado á los pocos instantes.

Así terminó la vida, en 1423, el tercer rey de Méjico, el desgraciado Chimalpopoca.

En los trece años que reinó, hizo cuanto le fué posible por el adelanto de la agricultura, de las artes y por las mejoras de la ciudad. Tuvo muchos hijos de sus concubinas, y su trágico fin, acaecido un año despues de la muerte de Tezozomoc, padre del tirano Maxtlaton, causó profunda sensacion entre los reyes y señores tributarios de éste.

El príncipe Nezahualcoyotl supo con dolor profundo el fin trágico de su pariente, y permaneció algunos dias en su palacio de Texcoco sin dejarse ver mas que de algunos íntimos amigos que, como él, anhelaban salvar á los pueblos de la opresion en que les tenia el usurpador. Terminados los dias de duelo, Nezahualcoyotl que sabia que estaba vigilado por los agentes de Maxtlaton para que le diesen cuenta hasta de sus mas insignificantes acciones, se dejó ver de todos, y se entregó á las diversiones que mas

halagaban su carácter, ó que, mas bien, habia adoptado para desorientar á sus espías. Convencido de que para inspirar confianza á sus enemigos, el medio mas acertado era persuadir con actos ajenos á la política, que en nada pensaba menos que en conspirar contra ellos, adoptó el sistema de entregarse en todas las poblaciones que visitaba, á los bailes, á los moderados, pero agradables goces, y á determinados juegos que no podian perjudicar su honra. El resultado del método abrazado no pudo corresponder de una manera mas lisonjera á sus deseos. Los gobernadores de los pueblos, al verle entregado completamente á los goces que formaban generalmente las delicias de la juventud, informaban favorablemente, asegurando que, por entonces al menos, nada habia que temer ni que sospechar de él. Mientras así, engañados por las apariencias, no se detenian á examinar lo que se ocultaba en el fondo de aquella superficie seductora, Nezahualcoyotl hablaba con los hombres mas distinguidos del partido oprimido, procuraba captarse el amor de los pueblos, y se ocupaba astutamente de preparar el terreno para que se operase un cambio favorable.

Desde la muerte del rey Chimalpopoca se habia ido á vivir á Texcoco, donde observaba, con el mismo fin, idéntico sistema de vida.

Cuando el tirano Maxtlaton supo que Chimalpopoca habia puesto fin á sus dias, sustrayéndose así al género de muerte que él habia dispuesto darle, estalló en cólera, creyéndose poco vengado de su desgraciada víctima. No sintió menos enojo con la noticia de la desaparicion de Nezahualcoyotl, á quien habia deseado tener en Azcapozalco

para quitarle la vida y poner fin á los recelos de poder perder el dominio sobre el reino de Acolhuacan. Varias ocasiones oportunas se le habian presentado á Maxtlaton para llevar á cabo la muerte del jóven y temible príncipe; pero se habia abstenido de hacerlo, porque los signos consultados por los sacerdotes le habian dicho que no era tiempo todavía de hacerlo.

Maxtlaton envia á unos capitanes con orden de matar á Nezahualcoyotl. El tirano, en medio de su cólera, sintió no haber despreciado los agüeros, y resuelto á obedecer únicamente los instintos sanguinarios de su corazon, llamó á cuatro capitanes de los de mas confianza para él; les ordenó que saliesen inmediatamente con algunos bravos soldados hácia Texcoco como en cumplimiento de alguna comision comun del servicio para no asustar la caza que necesitaba hacer, y que, donde quiera que se hallase Nezahualcoyotl, se arrojase sobre él y le quitasen la vida.

Los encargados de aquella inhumana comision llegaron á Texcoco y se dirigieron al palacio en que habitaba el príncipe Nezahualcoyotl. En aquellos momentos se hallaba éste jugando al balon con un individuo de su servidumbre, llamado *Ocelotl*. Avisado por el portero de que cuatro capitanes tepanecas solicitaban hablarle, Nezahualcoyotl sospechó el intento que llevaban, y se propuso huir, pero sin manifestar á nadie su intento.

Ocultando por lo mismo su sobresalto interior, mandó á *Ocelotl*, con quien estaba jugando, que les recibiese con afabilidad, les diese algo de comer, y les dijese que en cuanto concluyesen de tomar aquel ligero obsequio y de reposar un poco, saldria su amo á tener el gusto de hablar

con ellos. Los oficiales tepanecas nada vieron en aquello que no fuese natural, y por lo mismo admitieron el convite y se sentaron á la mesa, dejando para despues la ejecucion de la orden dada por Maxtlaton. Terminada la comida, los cuatro capitanes esperaron otro instante mas; pero viendo que el príncipe no se presentaba como habia mandado decir, penetraron en las piezas con objeto de asesinarle. Los soldados que les acompañaban lo registraron todo, pero nadie encontró al hombre que buscaban. Nezahualcoyotl habia salido, mientras comian, por una puerta secreta de que solo él tenia conocimiento, y poco despues se alejaba de la ciudad sin ser visto de nadie (1), refugiándose, por entonces, en un pueblecito cercano, llamado Coatitlan, cuyos habitantes, tejedores la mayor parte, le eran sumamente adictos y fieles.

Noble rasgo de fidelidad de los habitantes de Coatitlan. Los capitanes tepanecas, furiosos por el chasco que habian recibido, salieron en su busca por todas partes. Informados por un campesino que encontraron en el camino de Coatitlan, de que se hallaba oculto en el pueblo indicado, penetraron en él con sus soldados, y exigieron de los habitantes que les entregasen al fugitivo, so pena de la muerte al que le tuviese oculto y no obedeciese la orden.

Los amenazados vecinos comprendieron perfectamente que iban á ser víctimas del furor de aquellos sicarios del tirano; pero pudiendo mas en ellos la lealtad y la fide-

(1) Segun Torquemada, Nezahualcoyotl salió de su palacio por un laberinto lleno de vueltas y de secretos que habia hecho, y que solo él y un confidente suyo conocian. Factible es lo dicho por el citado historiador, si se tiene presente el ingenio que distinguió siempre al príncipe perseguido.

dad que el temor á la muerte, nadie quiso delatar el sitio en que el príncipe estaba escondido, aunque todos lo sabían. Los tepanecas, irritados al verse desobedecidos, dieron muerte á varios que se obstinaron en negar el punto en que el príncipe se ocultaba; y entre las nobles víctimas sacrificadas que prefirieron dar la vida á cometer una infame delacion, se encontraron dos, cuyos nombres debe conservar la historia como dignos de eterna memoria; Tochmatzin, sobrestante de todos los telares de aquel pueblo fabril, y Matlalintzin, noble señora de distinguida jerarquía. Exasperados los tepanecas de no poder encontrar á Nezahualcoyotl, descargaron su furor sobre todo el pueblo, y sospechando que se habia ocultado en alguna cueva ó entre la maleza del campo, salieron en su busca. Nezahualcoyotl, al verles alejarse, abandonó el pueblo, tomando la direccion contraria que sus perseguidores, creyendo que por allí no encontraria enemigos. Pero se equivocó. Los enviados por Maxtlaton, no encontrándole por un lado, se dirigieron hácia el sitio que llevaba. El príncipe logró verles antes de ser visto; pero estaban ya muy cerca, y no podian tardar en descubrirle. En medio de aquella angustia, Nezahualcoyotl vió á unos labradores á muy corta distancia de él, y se acercó á ellos. No quedándole mas remedio que aventurarlo todo, les dijo quién era y el peligro que corria. Los labradores, llevados de un generoso sentimiento y queriendo salvarle, le escondieron en unos montones grandes de yerba conocida en Méjico con el nombre de chia, y cuya diminuta semilla se dedica para refrescos.

Los soldados tepanecas pasaron por junto á los monto-

nes de yerba; pero estando muy lejos de pensar que allí se encontraba el hombre que buscaban, se alejaron, volviéndose á Texcoco despechados del mal resultado de su expedicion.

Nezahualcoyotl, libre de sus perseguidores, se puso inmediatamente en camino, y se dirigió á Texcotzinco, que era una casa de campo que sus antepasados habian construido como punto de soláz para pasar en ella una temporada del año. El prófugo príncipe quedó gratamente sorprendido al encontrarse en aquel retirado y delicioso sitio con seis perseguidos régulos que habian sido despojados de sus señoríos por Maxtlaton, y que andaban errantes, no atreviéndose á permanecer en un sitio fijo por no caer en poder de los pérfidos agentes del tirano.

Reunidos los siete por circunstancias idénticas, trataron detenidamente de buscar los medios para sacudir el yugo que oprimia á los pueblos chichimecas y acolhuas, y convinieron en solicitar el auxilio de algunos señores conocidamente adictos á sus ideas, empezando por el de Chalco, no obstante haber perseguido en un tiempo, obstinadamente, á Nezahualcoyotl, y de haber contribuido, en parte, á la muerte de su padre el rey Ixtlilxochitl.

Tomada la resolucion de obrar activamente, Nezahualcoyotl salió al siguiente dia, muy de mañana, á ponerse de acuerdo con los adictos á su persona que tenia en varios pueblos, mientras otros de los señores marchaban á conferenciar con el señor de Chalco con el objeto de inclinarle en favor del príncipe.

Nezahualcoyotl pasó dos dias en ponerse de acuerdo con los partidarios que tenia en Matlallan y en diversos pue-

blecitos próximos, y llegó á la ciudad de Apan en la noche del segundo dia, hallando en todas partes la mejor disposicion para rebelarse contra el tirano. La fortuna parecia sonreirle. No habia punto donde no encontrase adictos resueltos á lanzarse á la lucha para ayudarle á conquistar el trono de Acolhuacan que le pertenecia. En el mismo Apan, á las pocas horas de hallarse en la poblacion, llegaron unos embajadores cholultecas, ofreciéndole el apoyo de los vasallos de su señor para arrojar del trono al tirano Maxtlaton. La fatal nueva que en aquellos instantes recibió, en que le decian que el usurpador habia dado muerte en el tormento á su leal favorito Huitzilihuitl, queriendo arrancarle un secreto que la víctima jamás quiso descubrir, aumentó la indignacion de los embajadores cholultecas contra el infame Maxtlaton, y las simpatías hácia el noble príncipe, blanco de las iras del tirano.

Nezahualcoyotl, prensado de pena el corazon por la infausta nueva recibida, pasó de Apan á Huexotzingo, donde fué recibido con las pruebas mas sinceras de cariño por el régulo de aquella poblacion, que era pariente suyo. Indignado, como todos, el señor de Huexotzingo de la bárbara conducta y de la insufrible tiranía de Maxtlaton, le ofreció unir sus tropas á las de sus adictos para ayudarle en la santa empresa de librar al mundo de un mónstruo. No encontró menos adhesion en Tlaxcala, á donde marchó de Huexotzingo. El gobierno de aquella república le ofreció sostenerle en la guerra que emprendiese contra el usurpador de su trono, y admitidos por Nezahualcoyotl los sinceros ofrecimientos de todos, se marcó el sitio en que debian reunirse las fuerzas de Tlaxcala, de Cholula y

de Huexotzingo. Señalado el dia y el punto, el favorecido príncipe marchó á Calpolalpan, ciudad intermedia entre Tlaxcala y Texcoco, acompañado de una comitiva selecta y numerosa que denunciaba, no al solicitante de favores, sino al grande, estimado por los poderosos. Nadie se habia negado á servirle: todos le ofrecieron ayudarle en su empresa; y para que nada faltase á la esperanza de un buen éxito, no bien habia llegado á Calpolalpan, cuando recibió una satisfactoria respuesta de los chalqueses ó chalqueños, diciéndole que estaban dispuestos á servirle hasta colocarle en el trono de Acolhuacan.

Obcecado el tirano Maxtlaton con sus ideas de opresion y de venganza, no veia prepararse la negra tormenta que debia descargar sañuda sobre su cabeza. Vano y orgulloso, creia que nadie osaria levantar el estandarte de la rebelion contra él; y queriendo dominar por el terror, desplegaba todo su encono contra el que tuviese la desgracia de inspirarle la menor sospecha. Insaciable en su venganza, ya que ésta no la pudo desplegar con toda la fuerza que él se habia propuesto sobre el rey Chimalpopoca, por haber puesto este último fin á su mísera existencia, la dejó caer sobre los mejicanos, agobiándolos con impuestos, humillándoles con sus actos arbitrarios y oprimiéndoles con su injusticia y tiranía.